

desembarazasteis el seno para recibirlo? Dará, pero será á los buenos ó á los que pudiere hacer buenos. Dará con sumo acuerdo, y para dar elegirá los más dignos, como aquel que sabe ha de dar cuenta de lo recibido y de lo gastado. Dará por causas justificadas, conociendo que las dádivas mal colocadas se cuentan entre las torpes pérdidas. Tendrá la bolsa fácil, pero no rota; de la cual saldrá mucho, sin que se caiga nada.

CAPÍTULO XXIV.

Yerra el que piensa que el dar es acción fácil; mucho tiene de dificultad el dar con juicio, y no derramar acaso y con ímpetu. Con las dádivas granjeo á éste, pago al otro; á éste socorro, de aquel me compadezco al otro adorno, haciendo que la pobreza no le destruya ni le tenga impedido. A algunos dejaré de dar aunque les falte, conociendo que por mucho que les dé, les ha de faltar; á otros les ofreceré, á otros colmaré. No podré en esto ser descuidado, porque nunca con mayor gusto hago obligaciones que cuando reparto dádivas. Dirásme pues: «¿Qué haces en eso, si das para volver á recibir, y nunca para pedir?» Aunque la dádiva se ha de poner en parte que no se haya de volver á pedir, hase de poner donde ella pueda volver. Colóquese el beneficio, como el tesoro, escondido en parte secreta, que no le saques sino es cuando la necesidad te obligare. ¿Qué gran cosa es ver la casa de un varon rico? Cuántas ocasiones tiene de hacer bien! ¿Quién llama liberalidad la que sólo se hace con los fogados? La naturaleza manda que ayudemos á los hombres; pues ¿qué importa sean esclavos ó libres, nobles ó libertinos, y que éstos lo sean ó por justa libertad ó por la dada entre amigos? Donde quiera que hay hombre, hay lugar de hacer beneficio. Podrá también distribuir su dinero dentro de su misma casa, y ejercitar en ella su liberalidad, la cual no se llama liberalidad porque se debe á los hombres libres, sino porque el dar sale siempre de ánimo libre; y nunca la ejercitan los sabios con personas torpes é indignas, ni jamas se halla tan agotada, que, si llegare algun benemérito, deje de manar como si estuviera llena. No hay, pues, para qué sintais mal de lo que virtuosa, fuerte y animosamente dicen los amadores de la sabiduría. Y ante todas cosas, advertid que es diferente el ser amador de la sabiduría, ó haberla ya conseguido. El primero te dirá: «Yo hablo bien, pero hasta ahora estoy envuelto en muchos males; no me pidas que viva conforme á mi doctrina, cuando estoy formándome y levantándome para ser despues un grande dechado; si llegare á conseguirlo, como lo he propuesto, pídemme entonces que correspondan los hechos con las palabras.» Pero el que ya llegó á conseguir la perfeccion del bien humano, tratará contigo de otra suerte, y te dirá que ante todas cosas no te tomes licencia de juzgar á los mejores que tú. Dirásme asi mismo: «A mí ya me ha tocado el desagradar á los malos, que es argumento de que no lo soy; pero para darte razon de cuán poca envidia tengo á ninguno de los mortales, escucha lo que te prometo y lo que á cada uno estimo. Niego que las riquezas son bien, porque si lo fueran,

hicieran buenos, y como no se puede llamar bien el que asimismo le tienen los malos, niégoles este nombre.» Pero tras todo eso, confieso que se han de tener, y que son útiles, y que acarrean grandes comodidades á la vida.

CAPÍTULO XXV.

Pues ¿qué razon hay para no ponerlas entre los bienes? ¿y qué cosa les atribuyo más que vosotros, pues todos convenimos en que es bueno tenerlas? Oid, ponedme en una casa muy rica, y en ella mucho oro y plata para igual uso. No me estimaré por estas cosas, porque aunque están cerca de mí, están fuera de mí. Llevadme asimismo á pedir limosna á la puente de madera y apartadme entre los mendigos, que no me desestimaré por verme sentado entre los que extienden la mano al socorro. Porque al que no le falta la facultad de poder morir, ¿qué le importa que le falte un pedazo de pan? Pues ¿qué culpa hay en desear más aquella casa rica que la miseria de la puente? Ponedme entre alhajas resplandecientes y delicadas, que no por eso, ni porque mis vestidos sean mas suaves, ni porque en mis convites se pongan alfombras de púrpura, me juzgaré más feliz, ni al contrario, me tendré por desdichado si reposáre mi cansada cerviz sobre un manojo de heno ó sobre lana circense, que se sale por las costuras de los viejos colchones. Pues ¿qué hay en esto? Que quiero más mostrar mi ánimo estando vestido con ropa pretexto que no con las espaldas desnudas. Para que todas las cosas me sucedan conformes á mis deseos, vengan unos parabienes tras otros; que no por eso tendré más agrado de mí. Múdense, al contrario, esta liberalidad del tiempo, y por una y otra parte sea combatido el ánimo, ya con varios acometimientos, sin que haya un instante sin quejas; que no por eso, metido entre miserias, me llamaré desdichado ni maldeciré el día; porque yo tengo hecha prevencion para que ninguno me sea nublado. ¿Cómo ha de ser esto? Porque quiero más templar los gozos que enfrenar los dolores. Dirásme Sócrates estas razones: «Hazme vencedor de todas las gentes, y desde el nacimiento del sol hasta Tébas me lleve triunfante el delicado coche de Baco; pídanme leyes los reyes de Persia; que con todo eso, cuando en todas partes me reverenciaren como á dios, conoceré que soy hombre.» Junta luego á esta grande altura una precipitada mudanza, diciendo: «Que he de ser puesto en ajeno ataúd, habiéndome de despojar de la pompa de soberbio y fiero vencedor, que no por eso iré más desconsolado, asido al ajeno coche, de lo que estuve en el mío; pero tras todo eso, deseo más vencer que ser cautivo. Yo despreciaré todo el reino de la fortuna; pero si me dieren á escoger, elegiré lo mejor de él. Todo lo que en mi poder entrare, se convertirá en bueno. Pero, con todo eso, quiero venga lo más suave y más deleitable, y lo que ha de dar menor vejacion al que lo hubiere de pasar.» No juzgues que hay alguna virtud sin trabajo, si bien hay algunas que necesitan de espuelas, y otras de frenos; al modo que el cuerpo, cuando baja algunas cuestras, se ha de ir deteniendo, y cuando las sube, se ha de impeler; así hay unas virtudes que bajan las

cuestras, y otras que las suben. ¿Podráse dudar que suben, forcejean y luchan, la paciencia, la fortaleza, la perseverancia, y cualquiera otra virtud de las que se oponen á las cosas ásperas y huellan á la fortuna? Y por ventura, ¿no es igualmente manifiesto que caminan cuesta abajo la liberalidad, la templanza y la mansedumbre? En éstas detenemos el ánimo para que no caiga, en las otras le exhortamos é incitamos. Arrimáremos, pues, á la pobreza las virtudes más valientes y las que acometidas son más fuertes; y á la riqueza, las más diligentes y las que, poniendo el paso deteniendo, sustentan su peso.

CAPÍTULO XXVI.

Hecha esta division, querria yo más para mí aquellas virtudes que puedo ejercitar con mayor tranquilidad que no las otras, cuyo trato es sangre y sudor. Luego yo (dirá el sabio) no vivo de diferente manera de la que hablo; vosotros sois los que entendeis lo contrario de lo que digo, porque á vuestros oidos llega solamente el sonido de las palabras, y no inquiris lo que significan. Dirásme, pues: ¿qué diferencia hay de mí, que soy ignorante, á tí, que eres sabio, si entrambos codiciamos tener mucho? Que las riquezas que tuviere el sabio estarán en esclavitud, y las que tuviere el ignorante, en imperio. El sabio no permite cosa alguna á las riquezas, y ellas os permiten á vosotros todas las cosas. Vosotros os acostumbrais y arrimais á ellas, como si hubiera alguno que os hubiera concedido su perpetua posesion. El sabio, cuando se halla en medio de las riquezas, medita más en la pobreza. El capitán general jamas confia tanto de la paz, que no se prevenga para la guerra; que si ésta no se hace, está por lo ménos intimada. A vosotros os desvanece la hermosa casa, como si no pudiera quemarse ó caerse. A vosotros os hacen insolentes las riquezas, como si estuvieran exentas de todos los peligros, y como si fueran tales, que faltáran fuerzas á la fortuna para consumirlas. Vosotros, estando ociosos, jugais con vuestras riquezas, sin prevenir los riesgos de ellas; sucediéndos lo que á los bárbaros, que encerrados en sus murallas é ignorantes de las máquinas militares, miran perezosos el trabajo de los que los tienen sitiados, sin entender á qué se encamina lo que tan léjos se previene. Lo mismo os sucede á vosotros, que os marchitais en vuestras cosas, sin atender á los varios sucesos que de todas partes os amenazan, para llevarse muy presto los más preciosos despojos. Al sabio, cualquiera que le quitare sus riquezas, le dejará todos sus bienes, porque vive contento con lo presente, y seguro de lo futuro. Ninguna otra cosa es la que Sócrates y los demas que tienen el mismo derecho y potestad sobre las cosas humanas dicen, sino éstas: «Heme resuelto á no sujetar las acciones de mi vida á vuestras opiniones; juntad de todas partes vuestras acostumbradas palabras; que yo no me daré por entendido que me decis injurias, sino que como niños cuitados llorais.» Esto es lo que dirá aquel á quien cupo en suerte el ser sabio, aquel á quien el ánimo libre de culpas le obliga á reprehender á los otros, no por odio, sino por remedio. Diráles:

«Vuestra estimacion, no en mi nombre, sino en el vuestro, es la que me mueve; porque el aborrecer y ofender á la virtud es un apartamiento de toda buena esperanza. Ninguna injuria me haceis, como no la hacen á los dioses en sus personas los que derriban sus altares, aunque muestran su mala intencion y su mal consejo donde no pueden hacer ofensa. De la misma manera sufro vuestros errores, como Júpiter óptimo máximo sufre los disparates de los poetas; uno de los cuales le puso alas, otro cuernos, otro lo introduce adúltero y trasnochador, otro lo hace cruel contra los dioses, otro injusto con los hombres, otro arrebataador y violador de nobles, hasta de sus propios parientes; otro matador de su padre y conquistador del ajeno y paterno reino. Los cuales en esto no cuidaron de otra cosa más que de quitar á los hombres la vergüenza de pecar, con creer que habian sido tales sus dioses. Mas aunque todas estas cosas no me hacen lesion, con todo eso, por lo que os toca, os amonesto que admitais la virtud; creed á los que la han seguido mucho tiempo, y dicen á voces que han seguido una cosa grande y que cada día descubre ser mayor. Reverenciadla como á los dioses, y estimad como á prelados los profesores de ella, y siempre que hicieren mencion de letras sagradas, ayudad sus lenguas, y hasta en palabra ayudad; no digo que les deis favor, sino encomendaos en ella el silencio, para que se pueda celebrar dignamente lo sagrado, sin que haya alguna mala voz que lo interrumpa.»

CAPÍTULO XXVII.

Y esto es más necesario encargároslo, para que siempre que de aquel oráculo saliere algo, lo oyais atentos y con silencio (1). Cuando alguno, tocando el pandero, os miente, por ser mandado; y cuando algun artífice, de herirse en las espaldas, ensangrienta con mano suspensa los brazos y los hombros; y cuando alguno, caminando de rodillas por las calles, aulla; y cuando el viejo vestido de lienzo, sacando en medio del día el laurel y la luz, da voces, diciendo que alguno de los dioses está enojado; concurris todos y le ois, y guardando un mudo pasmo, afirmáis que es varon santo. Veis aquí á Sócrates, que desde aquella cárcel (que la purgó con entrar en ella, y la hizo más honrosa que los insignes palacios) clama diciendo: «¿Qué locura es ésta? ¿qué inclinacion tan enemiga de los dioses y de los hombres es infamar las virtudes, y con malignas razones desacreditar las cosas santas? Si lo podeis acabar con vosotros, alabad á los buenos; y si no, por lo ménos dejadlos. Y si teneis intento de ejecutar esa mala inclinacion, embestios unos á otros; porque cuando os enfureceis contra el cielo, no os digo que haceis sacrilegio, sino que perdeis el trabajo. Alguna vez di yo á Aristófano materia de entremimiento, y toda aquella caterva de poetas cómicos derramó contra mí sus venenosos dieterios y donaires, y mi virtud se ilustró con lo que ellos pretendieron herirla, porque le está muy á cuento el ser desafiada y tentada, y ningunos conocen cuán grande sea, como los que desafiándola, experimentaron su valentía. Nin-

(1) Ceremonias de los sacerdotes gentiles

guno conoce tan bien la dureza del pedernal como el que le hiere. Yo me entrego á vosotros, no de otra manera que un peñasco destituido y solo en bajo mar, que le están continuamente combatiendo las olas por todas partes alteradas; y no por eso le mueven de su puesto, ni con sus continuos acometimientos en tantos siglos le deshacen. Acometed y asaltad con ímpetu; que con sufriros os he de vencer. Todo aquello que se encuentra con las cosas firmes é insuperables, prueba con daño suyo sus fuerzas; y así, buscad alguna materia blanda y sujetable, en que se claven vuestras flechas. ¿Hallaisos por ventura desocupados para inquirir los males ajenos, y hacer censura de cada uno, diciendo: Por qué este filósofo tiene tan grande casa? ¿por qué come tan espléndidamente? Mirad los ajenos lobanillos, estando vosotros llenos de llagas; como el que estando atormentado de lepra, se rie de las verrugas ó lunares de los cuerpos hermosos. Objetad á Platon, que pidió dineros; á Aristóteles, que los recibió; á Demócrito, que los despreció; á Epicuro, que los gastó; y objetadme á mí las costumbres de Alcibiades y Fedro, que cuando llegáredes á imitar nuestros vicios seréis dichosos. Pero mayor inclinación tenéis á los vuestros, que por todas partes os hieren: los unos os cercan por defuera, y otros están ardiendo en vuestras entrañas. No están las cosas humanas en estado (aunque conocéis poco el vuestro) que haya tan sobrado ocio, que os dé tiempo para desplegar las lenguas con oprobrio de otros.»

CAPÍTULO XXVIII.

«Vosotros no entendéis estas cosas, y mostrais el rostro diferente de vuestra fortuna; como sucede á muchos, que estando sentados en el coso ó en el teatro, está su casa con alguna muerte, sin que haya llegado el mal á su noticia. Pero yo, mirando desde alto, veo las tempestades que amenazan, y poco despues han de romper en lluvias tan vecinas, que si se acercaren más, han de arrebatár á vosotros ó á vuestras cosas. ¿Qué dirémos de esto? ¿Por ventura, aunque sentis poco, no es un cierto torbellino el que trae en rueda vuestros ánimos, poniéndoos estorbos cuando hui, y arrebatándoos cuando buscáis las mismas cosas, ya levantándoos en alto, y ya derribándoos á los abismos? ¿Por qué, pues, nos abonais los vicios con el comun consentimiento? Aunque no intentemos cosa alguna que no sea saludable, con todo eso, es conveniente el retirarse cada uno en sí mismo, pues retirados serémos mejores. ¿Por qué, pues, no ha de ser lícito allegarnos á algunos varones buenos, y elegir algun buen ejemplar, por donde encaminar nuestra vida? Entónces se podrá conseguir lo que una vez agradó, cuando no interviniere ninguno, que ayudado del pueblo, tuerza la inclinacion que está débil; y entónces podrá continuar la vida, que la desmembramos con diversísimos intentos. Porque entre los demas males, es el más pésimo el andar variando de vicios, con lo cual áun nunca nos sucede perseverar en la culpa conocida. Un mal nos agrada y nos fatiga por otro, con lo cual nuestros juicios, no sólo son malos, sino mudables. Andamos siempre fluctuando y asiendo de unas cosas y de otras;

dejamos lo que pretendimos, y pretendemos lo que ya dejamos, andando en continuas mudanzas entre nuestros deseos y nuestro arrepentimiento, y esto nace de que estamos pendientes de ajenos pareceres, y tenemos por bueno aquello á que vemos hay muchos que aspiran y muchos que lo alaban, y no aquello que debiera ser pretendido y alabado, y no juzgamos si el camino que seguimos es bueno ó malo, sino por la cantidad de las huellas, sin que en ellas haya alguna de los que vuelven. Dirásme: «¿Qué haces, Séneca? ¿apártaste de tu profesion? — Ciertamente nuestros estoicos dicen: Nosotros hasta el último fin de la vida hemos de trabajar, sin dejar de cuidar del bien comun y de ayudar á todos, y de socorrer áun á los enemigos, y de obrar con nuestras manos. Nosotros somos los que á ninguna edad damos descanso, haciendo lo que dijo el otro varon discretísimo, que cubrimos las canas con el morrion. Nosotros somos los que hasta en la muerte no tenemos descanso; de tal manera, que si pudiere ser, áun la misma muerte no será ociosa. ¿Para qué nos dices los preceptos de Epicuro en los principios de Cenon? Respóndote que ántes tú con harta diligencia, si te arrepientes de seguir una doctrina, huyes de ella sin hacerla traicion. ¿Quieres por ventura más de que yo procure imitar á nuestros capitanes? Pues ¿qué se seguirá de esto? Que iré, no adonde me enviaren, sino adonde me guiaren.»

CAPÍTULO XXIX.

Con esto te pruebo que yo no me aparto de los preceptos de los estoicos, ni ellos se apartan de los suyos; y con todo eso, estaria excusadísimo si no siguiese su doctrina, sino sus ejemplos. Dividiré lo que digo en dos partes: lo primero, para que cada uno pueda, áun desde su primera edad, entregarse todo á la contemplacion de la virtud y buscar el camino de vivir, siguiéndolo en secreto. Despues, para que hallándose ya jubilado en la edad cansada, pueda con buen derecho hacer y pasar los ánimos de otros á otras acciones, al modo que las vírgenes vestales, las cuales, dividiendo sus años en las ocupaciones, aprenden sus cosas sagradas, y despues las enseñan.

CAPÍTULO XXX.

Haré demostracion de que estas cosas agradan tambien á los estoicos, y no será por haberme puesto ley de no haber de emprender cosa alguna contra la doctrina de Cenon ó Crisipo, sino porque la misma materia permite que yo siga su opinion; porque el que se arrima siempre á la doctrina de uno, mira más á bandos que á la vida. Ojalá se manifestasen todas las cosas, y la verdad estuviese sin velo y sin que alterásemos algo de sus decretos. Ahora andamos buscándola con los mismos que la enseñan. En esto disienten las dos grandes sectas de los epicúreos y estoicos, aunque la una y la otra encaminan al descanso por diferentes vias. Epicuro afirma que el sabio no se ha de allegar á la república, si no es con alguna ocasion forzosa; Cenon dice que se allegue, no habiendo causa precisa que se lo impida. El uno busca el descanso en el intento, y el otro en la cau-

sa. Pero la causa tiene mucha latitud, como es cuando la república está tan perdida y tan *enviciada* en males, que no puede ser socorrida; y entónces no ha de porfiar en vano el sabio, ni se ha de consumir en lo que no ha de aprovechar, faltándole autoridad ó fuerzas; ó si conociere que la república no le ha de admitir, ó si se lo impidiere su poca salud; y al modo que no echaria al mar la nave rota, ni se asentaria á la milicia faltándole fuerzas; así tampoco se arrimará á la vida á que no fuere suficiente. Aquel, pues, cuyas cosas están enteras, sin haber experimentado las tormentas, podrá hacer pié en lo firme y seguro, entregándose desde luego á las buenas artes y procurando aquel dichoso ocio; siendo reve-renciador de aquellas virtudes que pueden ser ejercitadas áun de los más retirados. Lo que se pide al hombre es, que aproveche á los hombres; si pudiere, á muchos, y si no, á pocos; y si no pudiere á pocos, que sea á sus más cercanos, y si no, á sí mismo; porque cuando se hace útil para los demas, hace el negocio comun; y cuando se hace malo, no sólo se daña á sí, sino tambien á todos aquellos á quien, siendo buenos, pudiera aprovechar. El que vive bien, con sólo eso es útil para otros, porque los encamina á lo que les ha de ser provechoso.

CAPÍTULO XXXI.

Consideremos en nuestro entendimiento dos repúblicas: una grande y verdaderamente pública, en la cual son comprendidos los dioses y los hombres, donde no miramos á esta ó aquella parte, sino ántes medimos con el sol los términos de nuestra ciudad. La otra es aquella en que nos puso el estado de nuestro nacimiento, como es el ser ateniense ó cartaginense, ó de otra cualquier provincia que no pertenezca en comun á todos los hombres, sino á pocos en particular. Hay algunos que á un mismo tiempo sirven á entrambas repúblicas, mayor y menor; otros á sola la menor, y otros á sola la mayor, y á ésta podemos servir en el ocio, y pienso que mejor en él para poder averiguar qué cosa sea la virtud, y si es una sola ó son muchas, y si es la naturaleza ó el arte la que hace buenos á los hombres; si es uno lo que comprende el mar y las tierras, y lo contenido en las tierras y en el mar; ó si esparció Dios muchos cuerpos de esta calidad. Si la materia de que son engendradas todas las cosas es una; si es continúa y llena, ó dividida; si lo *inane* y vacío está mezclado con lo sólido; si mira Dios sus obras sentado; si las trata y cerca por defuera, ó asiste interiormente en ellas; si el mundo es inmóvil, ó si se ha de contar entre las cosas caducas que nacieron, para tiempo limitado. El que contempla estas cosas, qué es lo que da á Dios? Dale el que tantas y tan soberanas obras, salidas de sus manos, no estén sin testigos. Solemos decir que el sumo bien es vivir segun los preceptos de la naturaleza, y ésta nos engendró para accion y contemplacion; hagamos ahora evidencia de lo que al principio propusimos.

CAPÍTULO XXXII.

¿Por ventura esto no estará suficientemente probado, si cada uno consultáre consigo los deseos que tiene de

saber lo no conocido, moviéndose con cualesquier nuevas? Algunos navegan y sufren los trabajos de prolijas navegaciones, teniendo por premio el conocimiento de alguna cosa remota y no conocida. Este deseo es el que junta los pueblos en los espectáculos; éste, el que obliga á investigar lo más oculto, á inquirir lo más secreto, á revolver las antigüedades, á oír las costumbres de naciones bárbaras. Díonos la naturaleza un ingenio curioso, y como aquella que sabia su grande arte y hermosura, nos engendró para que asistiésemos á los varios espectáculos de las cosas, por no perder el fruto de su trabajo, ni dejar que la soledad fuese sola la que gozase de obras tan excelentes, tan sutiles, tan resplandecientes y por tan diferentes modos hermosas. Y para que conozcas que ella no sólo quiso ser mirada, sino atendida con cuidado, advierte el lugar en que nos puso, que fué en medio de sí misma, dándonos la vista de todas las cosas; y no sólo levantó derecho al hombre, sino que habiéndole criado para contemplacion y para que pudiese atender á las estrellas que desde el oriente corren al ocaso, y para que con todo el cuerpo pudiese rodear la vista, le formó la cabeza en lo alto, y se la puso en cuello flexible. Demas de esto, quiso resplandeciesen seis signos de dia y seis de noche, y ninguna cosa encubrió, para que por las que ofreció á los ojos, despertase deseos de las demas; que aunque no hemos visto tantas como hay, nuestro entendimiento se abre camino investigando, y echa fundamentos á la verdad, para que la averiguacion pase de lo conocido á lo no conocido, y entienda hay alguna cosa más antigua que el mundo, y de dónde salieron estas estrellas, y el estado que tuvo el universo ántes que las cosas fuesen separadas á sus sitios. Cuál razon fué la que dividió las cosas sumergidas y confusas; quién fué el que les señaló sitios para que las pesadas bajasen por su propension y las ligeras subiesen; si por el mismo peso de los cuerpos hubo alguna superior fuerza que diese leyes á las cosas; si es verdadera aquella doctrina, que yo apruebo, que los hombres son una parte de espíritu divino, que como centellas de lo sagrado, bajaron á la tierra, saliendo de ajeno lugar. Nuestro pensamiento penetra los alcázares del cielo, y sin contentarse con saber lo que se alcanza con la vista, inquiera aquello que está fuera del mundo, si acaso es alguna profunda anchura, ó si está tambien encerrada en límites y términos; qué sér tienen los excluidos, si son sin forma y confusos, ó si gozan cada uno de sitio distinto, y si tambien aquellas cosas están por ventura asignadas para alguna veneracion; si están arrimadas á este mundo, ó apartadas lejos de él, revolviéndose en parte vacia. Si son individuas aquellas cosas, por las cuales se ordena todo lo nacido y todo lo que ha de hacer; si su materia es continúa ó mudable en todo, si son contrarios entre sí los elementos, ó sin hacerse repugnancia conspiran por diversas causas. El que nació para investigar estas cosas, juzgue que no ha recibido mucho tiempo; aunque lo reserve todo para sí, sin consentir que por facilidad ó negligencia se le usurpe alguna parte, conservando sus horas con toda avaricia; y aunque lo continúe hasta los últimos términos de la edad humana, sin que la fortuna le desmorone alguna parte de lo que la naturaleza le dió, con todo eso, es el hombre

con demasia mortal, para poder llegar al conocimiento de las cosas inmortales. Yo vivo segun la naturaleza si me entrego de todo punto á ella y si soy admirador y reverenciador suyo; ella me mandó que atendiese á entrambas cosas, á obrar y á estar desocupado para la contemplacion; lo uno y lo otro hago, porque la contemplacion no puede subsistir sin accion. Pero dirásme que conviene averiguar si se le arrima por causa del deleite, sin pretender de ella más que una continua contemplacion, de la cual no se puede salir, porque es muy dulce y tiene sus halagos. A esto te respondo que importa ver el ánimo con que pasas la vida civil, si es para andar siempre inquieto, sin tomar el tiempo necesario para pasar la vista de las cosas humanas á las divinas, no siendo digno de aprobacion el apetecer las cosas sin ningun amor de las virtudes, y sacando desnudas las obras sin cultura del ingenio, porque todas estas cosas deben mezclarse y unirse. De esta misma manera es la virtud, que recostada en el ocio, es un imperfecto y flaco bien, que jamas da muestras de lo que aprendió. ¿Quién niega que debe aquel mostrar sus aprovechamientos en las obras? Y no sólo ha de meditar lo que debe hacer, sino que alguna vez ha de ejercitar las manos, reducir á ejecucion lo que meditó. Pero ¿qué dirémos cuando la dilacion no consiste en el sabio? porque muchas veces, sin que falte agente, suelen faltar las cosas en que se ha de hacer; ¿permitirásle, por ventura, estarse consigo solo? ¿Con qué ánimo se aparta el sabio al ocio, para que entienda que aún estando á solas consigo, ha de hacer tales cosas, que sean provechosas á los venideros? Nosotros somos ciertamente los que decimos que Cenon y Crisipo hicieron mayores cosas que si hubieran gobernado ejércitos, tenido honores y promulgado leyes, pues no las hicieron para una ciudad sola, sino para todo el género humano. ¿Por qué, pues, tal ocio como este no ha de ser decente al varon bueno, que dispone en él el bien de los siglos venideros, y no predica á pocos, sino á todos los hombres de cualesquier naciones? En resolucion, te pregunto si Cleántes, Crisipo y Cenon vivieron conforme á su doctrina. Responderásme, sin duda, que vivieron en la misma forma que dijeron se habia de vivir, y tras esto, ninguno de ellos gobernó la república. Tambien me dirás que esto fué porque no tuvieron aquella fortuna ó estado que suele ser admitido al manejo de las cosas públicas, pero que con todo eso, no pasaron la vida ociosa, pues hallaron camino cómo su ocio fuese á los hombres más provechoso que el trabajo y sudor de otros; segun lo cual, parece que éstos hicieron mucho, aunque no tuvieron ocupacion pública. Demas de esto, hay tres géneros de vida, entre

los cuales se suele inquirir cuál sea el mejor: uno está desembarazado para el deleite, otro para la contemplacion y otro para la accion. Dejando aparte toda disputa, y el odio que intimamos á los que seguan diversa opinion, veamos si estas cosas se ajustan al primer género con uno ó con otro título. El que aprueba el deleite no está sin contemplacion, ni el que se da á la contemplacion está sin deleite, ni el otro, cuya vida está destinada á la accion, carece de contemplacion. Dirásme que hay mucha diferencia en que una cosa sea el objeto que se propone ó añadidura de él. Grande es, por cierto, la diferencia, pero, con todo eso, no está lo uno sin el otro; porque ni aquel contempla sin accion, ni éste hace sin contemplacion, ni el otro tercero, de quien comunmente sentimos mal, prueba al deleite holgazan, sino al que con la accion hace firmes á los hombres, segun lo cual, aún esta secta de los que buscan el deleite consiste en accion. ¿Cómo no ha de consistir en accion, si el mismo Epicuro dice que tal vez se apartará del deleite y apetecerá el dolor? Y esto será si amenazare arrepentimiento al deleite, ó si en lugar de un grande dolor, se eligiere otro menor. Para que se vea que la contemplacion agrada á todos, unos la buscan, y nosotros la tenemos, y no como puerto. Añade que por la doctrina de Crisipo es licito vivir en ocio; no digo que éste se padezca, sino que se elija. Dicen los nuestros que el sabio no se ha de arrimar á cualquier república; pues ¿qué diferencia habrá en que el sabio goce de ocio por no ser admitido de la república, ó porque él no la quiere, siendo ordinario faltar á muchos la república, y más continuamente á los que con ansias la buscan? Pregunto: ¿á cuál república se allegará el sabio? ¿Será por ventura á la de los atenienses, en que fué condenado Sócrates, y por no serlo, huyó Aristóteles, y dónde la envidia oprime las virtudes? Dirás que el sabio no ha de ir á esta república. ¿Irá, pues, á la de los cartagineses, donde es continua la sedicion, siendo dañosa la libertad á cualquier varon bueno; donde lo útil es la suma de lo justo, donde hay para los enemigos crueldad inhumana, y enemistad con sus mismos naturales? Tambien huirá el sabio de esta república; y si una por una me pongo á contarlas todas, no hallaré alguna que admita los sabios, ni que los sabios la sufran. Pues si no se halla aquella república que nosotros fingimos, vendrá á ser á todos necesario el ocio, porque en ninguna parte se halla lo que se debe preferir á él. Cuando alguno afirma que es bueno navegar en mar donde hay tormentas, y donde las continuas y repentinas tempestades llevan al piloto á contraria parte, pienso que éste tal, mientras me alaba la navegacion, me prohibe el desancorar la nave.

LIBRO TERCERO.

Á SERENO (1).

DE LA TRANQUILIDAD DEL ANIMO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Haciendo de mí exámen, en mí (¡oh amigo Sereno!) se manifestaron unos vicios tan descubiertos, que casi se podian cortar con la mano, y otros más escondidos y no continuados, sino que á ciertos intervalos volvan; y á éstos los tengo por molestísimos, porque, como enemigos vagos, asaltan en las ocasiones, sin dar lugar á estar prevenidos como en tiempo de guerra, ni descuidados como en la paz. Hállome en estado (justo es confesarte la verdad, como á médico), que ni me veo libre de estas culpas que temia y aborrecia, ni me hallo de todo punto rendido á ellas. Véome en tal disposicion, que si no es la peor, es por lo ménos lamentable y fastidiosa. Ni estoy enfermo ni tengo salud, y no quiero que me digas que los principios de todas las virtudes son tiernos, y que con el tiempo, cobran fuerzas; porque no ignoro que aún las cosas en que se trabaja por la estimacion, como son las dignidades y la fama de eloquentes, con todo lo demas que pende de parecer ajeno, se fortifica con el tiempo, y que así las cosas que tienen verdaderas fuerzas, como las que se dejan sobornar con alguna vanidad, esperan á que poco á poco las dé color la duracion. Tras esto, recelo que la misma costumbre que suele dar constancia á las cosas, no me introduzca más en lo interior los vicios. La conversacion larga, así de bienes como de males, engendra amor. Cuál sea esta enfermedad del ánimo perplejo en lo uno y en lo otro, sin ir con fortaleza á lo bueno ni á lo malo, no lo podré mostrar tan bien diciéndolo junto, cuanto dividiéndolo en partes. Diréte lo que á mí me sucede; tú puedes dar nombre á la enfermedad. Estoy poseido de un grande amor á la templanza; así lo confieso. Agrádame la cama no adornada con ambicion; no me agrada la vestidura sacada del cofre y prensada con mil tormentos, que la fuercen á hacer diferentes visos, sino la casaca y comun, en que ni hubo cui-

dado de guardarla ni le ha de haber en ponerla. Agrádame el manjar que no costó desvelo á mis criados ni causó admiracion á los convidados, y no me agrada el prevenido de muchos dias, ni el que pasó por muchas manos, sino el ordinario y fácil de hallar, sin que en mi mesa se ponga cosa alguna de las que el precio subido atrae, sino en las que en cualquier lugar se hallan, sin ser molestas á la hacienda y al cuerpo, y sin que sean tales y tantas, que hayan de salir por la parte por donde entraron. Agrádame el criado poco culto y el tosco esclavo, y la pesada plata de mi rústico padre, sin que en ella haya considerable hechura y sin que esté grabado el nombre del artifice. Agrádame la mesa no celebrada por la variedad de colores, ni la conocida en la ciudad por diferentes sucesiones de curiosos dueños, sino aquella que baste para el uso, sin que el deleite ocupe ni la envidia encienda los ojos de los convidados. Pero despues de estar agradao de estas cosas, me aprieta el ánimo el ver en otros gran cantidad de pajes y esclavos relumbrantes con el oro de las libreas, más bizarras que las de los míos. Tambien me congoja el entrar en una casa llena de riquezas y adornada con artesones dorados, y apriétame el lisonjero pueblo, que de continuo corteja á los que disipan sus haciendas. ¿Qué diré de las fuentes que, transparentes hasta lo hondo, se ven en los cenáculos? Qué de los manjares exquisitos, dignos de tal teatro? Lo que puedo decir es, que viniendo yo de las remotas provincias de la frugalidad, me cercó con grande esplendor la demasia, haciéndome por todas partes una dulce armonía, con que titubeó algun tanto el escuadron; pero contra él levanté con más facilidad el ánimo que los ojos, y con esto me retiré, no peor, pero más triste, no hallándome tan gustoso entre mis deslucidas alhajas, donde me acometió un tácito remordimiento, dudando si eran mejores las más costosas, y aunque ninguna de ellas me rindió, ninguna dejó de combatir-me. Agrádame seguir la fuerza de los preceptos, entrándome en medio de la república, y aunque me da gusto de ponerme las insignias y honores de juez, no es por andar vestido de púrpura ni cercado de doradas varas, sino por estar más dispuesto para el socorro de mis amigos y allegados y al de todos los mortales. Puesto más cerca, sigo á Cenon, Cleántes y Crisipo, ninguno de los cuales se arrimó á la república, aunque ninguno de ellos dejó de encaminar á otros á ella, á la cual, cuando permito se acerque mi ánimo no acostumbrado, si acaso ocurre alguna cosa indigna ó poco corriente (como es ordinario en la vida humana), ó

(1) Rodriguez de Castro (*Biblioteca española*, tomo II) dice: «El libro *De tranquillitate animi*, que en la mayor parte de las ediciones de Séneca tiene el título *De tranquillitate vite*, consta de dos partes: la segunda tiene el *De constantia sapientis* y el de *In sapientem non cadere injuriam*. Su objeto es el mismo que el de Demócrito en la obra intitulada *Εὐθυμία*, que Ciceron tradujo *Tranquilidad de ánimo*. Está dedicado á Anneo Sereno, capitán de guardias del emperador Neron, y en sentir de Justo Lipsio, está escrito con nervio, sutileza y singular elocuencia.»

Segun Juan Alberto Fabricio, sobre el libro *De constantia sapientis*, formó Justo Reiffenberg unas disertaciones morales, tomadas por la mayor parte de los comentarios de Justo Lipsio, como advierte Jacobo Thomasio.